

SAN FRANCISCO DE CAMPECHE ENTRE FLOTAS Y MURALLAS

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Cuenta Fernando Benítez, en su libro *La ruta de Hernán Cortés*, que el 22 de marzo de 1517, cuando Francisco Hernández de Córdoba y su gente llegaron a la bahía de Campeche, después de bordear la península de Yucatán en sus tres maltrechos navíos para adentrarse en el Golfo de México, se reflejaba “en las aguas, de un pálido jade, la mancha blanquecina de un caserío, al que bautizaron con el nombre de Lázaro, por ser domingo de Lázaro, el día que lo descubren”.¹ Poco tiempo van a permanecer en ese paradisíaco lugar los expedicionarios españoles, el indispensable solamente para aprovisionarse de agua, ante la belicosidad de los pobladores mayas que los urgen a marcharse de sus tierras, encabezados por el cacique Ah Kin Pech. Los nativos llamaban al sitio “Can-pech”, que literalmente significa “Serpiente-Garrapata” (o “lugar de serpientes y garrapatas”) vocablo que los colonizadores europeos convertirán años después en Campeche. En ese entonces, el esplendor del Mundo Maya, una de las culturas urbanas más avanzadas de la historia de la humanidad, había pasado a mejor término. Sus imponentes ciudades, emplazadas a lo largo y ancho del inmenso territorio que se extendía desde el sureste de México hasta el corazón de Centroamérica, quedaron como testigos mudos de la grandeza pasada, al ser abandonadas misteriosamente por sus habitantes.

Francisco Hernández de Córdoba era uno de los encomenderos más prósperos asentados en la isla de Cuba a raíz de su conquista, en 1511. El gobernador, Diego Velázquez, lo había nombrado jefe de la expedición que debía explorar los mares al occidente de Cuba, la cual partió de la isla en febrero de 1517, siendo sorprendida en altamar por una tormenta, lo que obligó a la flota a guarecerse en las costas de la península de Yucatán. Además de Can-pech, los españoles encontraron muchos otros poblados habitados y entablaron en ellos contactos puntuales, pero generalmente hostiles, a tal punto que resultó muy difícil el acopio de agua por los ataques de que eran objeto. En uno de ellos, en el lugar que llamaron Champotón, el ataque fue mucho más fiero de lo normal y causó numerosos muertos y heridos a los expedicionarios.

Hernández de Córdoba no sobrevivió mucho tiempo a esta desgraciada aventura. Murió en aquel mismo año de 1517, apenas dos semanas después de regresar a la isla de Cuba, como resultado de las heridas y la sed sufridas durante la travesía, y decepcionado al saber que el

gobernador Diego Velázquez había dado preferencia a Juan de Grijalva como capitán de la siguiente expedición a Yucatán, que ya se proyectaba.

Tiempo después de aquel primer desembarco, Francisco de Montejo “el Mozo”, consumidor de la conquista de Yucatán, estableció en Can-pech un cuartel y fundó poco más tarde, el 4 de octubre de 1540, la Villa de San Francisco de Campeche. El 1 de octubre de 1777, el rey Carlos III de España concede a la villa el título de ciudad y le otorga su correspondiente escudo de armas. Su población alcanzaba ya los 17 mil habitantes, contando, además de mayas y españoles, con un 16% de negros y mulatos que habían sido traídos como esclavos para dedicarlos a la producción de maderas preciosas, al corte del palo de tinte² y al trabajo en las haciendas. El mestizaje —el sincretismo— cobró con ello nuevos e interesantes derroteros. El clima tropical, propio de la región del Caribe, con intensos calores, lluvias veraniegas y amenaza de huracanes, impuso a los arquitectos y constructores sus condiciones desde el inicio, mismas que fueron consideradas poco después en la normatividad establecida para la planeación urbana americana por la Cédula Real de Felipe II, emitida en la segunda mitad del siglo XVI.

El comercio, fuente de incalculables riquezas, fue la causa de los principales conflictos en la zona desde los mismos albores del siglo XVI. La Corona española, al reservarse el monopolio del comercio europeo con las Indias y convertir en contrabando cualquier intercambio que realizaran con ellas mercaderes de otros países, contribuyó a atizar la hoguera. Hay que recordar que en las Leyes de Indias se prohibía expresamente a los extranjeros pasar al Nuevo Mundo; desde 1592, su Título Veintisiete ordenaba que “ningún Extranjero, ni otro cualquiera prohibido por estas leyes, pueda tratar, y contratar en las Indias, ni de ella á estos reynos, ni otras partes, ni pasar a ellas si no estuviese habilitado con naturaleza y licencia nuestra”.³ El contrabando, y la codicia que despertaban sus frutos, fue una de las razones que llevó a los capitanes de las metrópolis europeas rivales de España y a los corsarios y filibusteros prohijados por ellas, a atacar sus navíos y sus recién fundadas villas en el Gran Caribe, como Santo Domingo, La Habana, Veracruz, San Francisco de

² El palo de tinte —*Haematoxylum Campechianum*— era un árbol originario de la región del que se extraía una sustancia para teñir las telas de diversos colores, la cual tuvo una gran demanda de la industria textil europea de aquel tiempo.

³ Luis Britto García, *Demonios del mar. Piratas y corsarios en Venezuela, 1528-1727*, Fundación Francisco Herrera Luque, Caracas, 1998, p. 48.

¹ Fernando Benítez, *La Ruta de Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

Campeche, Cartagena de Indias, Portobelo y San Juan de Puerto Rico. Esta actividad, que incluirá también la importación de esclavos africanos, descansará en el dominio de los mares y será la base de la prosperidad inglesa, iniciada en el reinado de Isabel I (1558-1603). Los mitos y leyendas que se han tejido con todas estas sagas son innumerables, y han sido recogidos puntualmente por la literatura, las artes plásticas y la cinematografía, convenientemente edulcorados.⁴

Para Antonio García de León, “el fenómeno de la piratería en el Gran Caribe durante los siglos xvi y xvii va mucho más allá de la *visión romántica* recreada por la narrativa y del estereotipo del personaje con pata de palo y parche en el ojo, pues en realidad fue uno de los medios violentos fundamentales, como el esclavismo, para la primera etapa de acumulación capitalista.”⁵ Cabe recordar que en 1568 el castillo de San Juan de Ulúa de Veracruz fue asaltado por John Hawkins y Francis Drake, quienes, además de sus correrías en la piratería, tuvieron una destacada carrera en la marina inglesa de Isabel I, llegando a estar el segundo al mando de la flota que derrotó a la Armada Invencible de Felipe II en 1588.⁶ “El Caribe fue convertido en escenario de debates armados de los imperios”, dice Gerard Pierre-Charles.⁷

Durante el periodo colonial, la ciudad de San Francisco de Campeche adquirió gran importancia debido a su estratégico emplazamiento, que si bien le generó prosperidad económica, fue también causa de constantes conflictos. El tránsito por estas aguas del Golfo de México de las flotas españolas cargadas de oro, plata y productos agrícolas de la Nueva España —varios de los cuales recogía en dicha ciudad—, aunque tenía su origen en Veracruz, encontraba en ella un importante puerto de abrigo en su ruta hacia La Habana y la metrópoli, lo que la hizo blanco de frecuentes ataques de piratas y filibusteros. Héctor Pérez Martínez cuenta en su libro *Piratería en Campeche* que “el 31 de marzo de 1672 desembarcó en Campeche el renombrado pirata Laurent Graff, conocido por Lorencillo, *holandés* de origen...”⁸ Una década después, en 1685, Lorencillo, acompañado de Grammontt, volvió a atacar la ciudad, lo que obligó a reforzar las fortificaciones existentes y construir un recinto amurallado para resguardar a los pobladores y a los edificios civiles y religiosos. Los baluartes y murallas de Campeche habrían de formar parte así de la extensa red de fortificaciones erigidas por las potencias dominantes de la



época para proteger sus ciudades y puertos del Caribe, en donde estuvieron enfrentadas más de tres siglos. La fortificación de la población campechana fue un proceso que llevó muchas décadas, iniciándose formalmente en los albores del siglo XVII. Varios ingenieros militares participaron con sus proyectos, siendo finalmente Jaime Franck —el responsable de las obras del castillo de San Juan de Ulúa en Veracruz— quien elabore la propuesta definitiva, que se realizará entre 1686 y 1704. Las cuarenta manzanas que conformaban el núcleo de la ciudad se rodearon con una muralla de 7.5 kms de longitud y ocho metros de altura en forma de polígono irregular de seis lados, con ocho baluartes y dos puertas principales: la Puerta de Mar y la Puerta de Tierra, construyéndose además las puertas de San Román y Guadalupe para comunicar al interior con el resto de la villa. La traza en damero, bien definida en la zona amurallada habitada por españoles y criollos, perdía continuidad en los barrios de extramuros habitados por indígenas.

En la actualidad, el casco histórico de la ciudad se encuentra confinado todavía por restos de aquella vieja muralla, lo cual le da un carácter único. Desde la Puerta de Mar, único acceso al Golfo de México, puede vislumbrarse el Baluarte de la Soledad, con su largo trozo de muralla, que aloja al Museo de las Estelas; más adelante, el Baluarte de Santiago encierra entre sus elevados muros un hermoso jardín botánico; le siguen después el Baluarte de San Pedro, actual museo y venta de artesanías, y el de San Francisco, este último con un pequeño museo que exhibe armas de la época colonial; se encuentra luego la Puerta de Tierra, que mira al sureste y custodia al otro gran tramo de muralla. Continuando por el circuito están los baluartes de San Juan, Santa Rosa y, finalmente, el de San Carlos, actualmente Museo de la Ciudad. Dentro del espacio amurallado se localizan edificios como la Catedral, construcción de

⁴ Además de las novelas de Salgari, como *El corsario negro*, vale destacar *El filibustero* (1864), del yucateco Eligio Ancona, en donde aparece Campeche como uno de los escenarios. La serie hollywoodense *Piratas del Caribe* ha sido también un éxito.

⁵ Cf. Entrevista en *La Jornada*, miércoles 4 de agosto de 2004.

⁶ Cf. Lourdes de Ita Rubio, “La presencia británica en el Caribe durante el siglo xvi y principios del xvii”, en Yolanda Juárez Hernández y Leticia Bobadilla González (coordinadoras), *Comercio, piratería y vida cotidiana en el Caribe colonial*, CIALC-UNAM/III-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Universidad Veracruzana/ivec, 2009.

⁷ Gerard Pierre-Charles, *El Caribe contemporáneo*, Siglo Veintiuno, México, 1987, p. 15.

⁸ Héctor Pérez Martínez, *Piratería en Campeche*, México, 1937, p. 45. Ver también Eugenio Aguirre, *Lorencillo, el pirata del pañuelo rojo*, CIDCLI /Limusa, 1986.



principios del siglo XVIII caracterizada por sus torres con remates en forma de campana; la que fuera Casa del Teniente del Rey, actual Museo Regional y oficinas del Instituto Nacional de Antropología e Historia; el templo de San Francisquito, cuyo nombre original era Iglesia de San Roque; y la iglesia de San Juan de Dios, con su interesante portada recubierta de azulejos.

En la zona de extramuros se ubican otros importantes inmuebles, como el templo y convento de San Francisco, fundado en 1546, en cuyo portal hay una columna que marca el sitio donde se ofició la primera misa en tierra firme en el continente americano, en 1517; la iglesia de San Román, edificada por manos indígenas en 1565; y los fuertes de San Miguel y San José, construidos en 1776 en los extremos noreste y suroeste. La bonanza económica del puerto de Campeche se reflejó también en las magníficas casonas construidas a lo largo de los siglos, de techos elevados, arcos interiores y balcones con herrería de forja, verdaderas joyas de la arquitectura caribeña algunas de ellas, que pueden admirarse todavía.⁹


En la época independiente, la ciudad de Campeche mantuvo su actividad económica y comercial, si bien sujeta a las vicisitudes políticas. La región campechana, que formaba parte del territorio de Yucatán, se erigió como Estado Independiente en 1858, cuando el país era gobernado por Benito Juárez. La ciudad se convirtió en la capital de la nueva entidad federativa. La historia en adelante transcurrirá sin grandes sobresaltos, incluidas las etapas del imperio, el porfirismo y la revolución, que tienen mayor impacto en el vecino estado de Yucatán. El acontecimiento más relevante tendrá lugar hacia el último tercio del siglo XX, cuando son descubiertos enormes yacimientos de petróleo en su mar territorial, la Sonda de Campeche, que habrán de impactar el desarrollo regional y la estructura de sus principales ciudades, Ciudad del Carmen sobre todo y, en menor escala, la capital del estado.

El centro histórico de Campeche es actualmente un magnífico escenario para las actividades que en él se desarrollan. El corazón de la urbe está cerrado durante los fines de semana al tránsito vehicular, lo que permite mayor

⁹ Para José Enrique Ortiz Lanz, Campeche tiene “definitivamente un sabor neoclásico, con fachadas donde sobresale el uso de pilastras y cornisas... estética dominante en el puerto y que trascendió a muchas poblaciones en la entidad”. Cf. Varios autores, *Campeche. Celebración de la memoria*, Gobierno del Estado de Campeche, 2010, pp. 78, 79.

libertad para admirar la belleza de sus plazas, edificios y casonas coloniales pintadas en colores pastel, recicladas muchas de ellas en hoteles, restaurantes, cafés, bares y tiendas diversas. Esta amalgama de colores proviene de los pigmentos de plantas de la región, como el palo de tinte y el añil, codiciados productos de exportación durante la colonia. Caminar por las calles adoquinadas o tomar el tranvía que las recorre es una delicia. Al caer la tarde, uno puede apreciar el espectáculo de luz y sonido que ofrece el Fuerte de San José El Alto o bien, salir a la zona de extramuros para disfrutar el bello malecón que se extiende a la orilla del mar, animado por parques y andadores. La ciudad moderna se inicia en estos territorios, en donde se ubican edificios significativos para la vida urbana, como el Congreso del Estado, el Centro de Convenciones y varios hoteles.

La preservación de las tradiciones, fiestas populares y religiosas, como las de San Román y San Francisco, muestra la idiosincrasia de la población y el mestizaje gestado siglos atrás. Uno de los eventos más esperados es el Carnaval, en el mes de febrero, el más antiguo del país. La fiesta se inicia con el paseo y quema del mal humor representado por un pirata de trapo, en medio de bailes de comparsas, espectáculos musicales y desfiles. En octubre se acostumbra celebrar la fundación de la ciudad, con música, bailes, fiestas y juegos. Al ritmo del “Pregonero” o del “Pichito amoroso”, los pobladores hacen gala de sus habilidades dancísticas; el rico sabor del pan de cazón, brazo de reina, pámpano frito o tamal de chaya, es degustado en las muestras gastronómicas; y se recuerda también a los personajes ilustres del estado: Pedro Saíenz de Baranda, Pablo García Mantilla, Justo Sierra O’Reilly. Justo Sierra Méndez —ministro de Instrucción Pública del régimen porfirista y fundador de la UNAM en 1910—, Joaquín Clausell, Héctor Pérez Martínez, Ermilo Abreu Gómez, Juan de la Cabada y Román Piña Chan, entre otros. El año culmina al celebrarse en diciembre el Festival Histórico de la Ciudad.

San Francisco de Campeche encierra en sus viejas murallas múltiples encantos, leyendas, historias, plazas, edificios, monumentos y sitios, usos y costumbres, cultura ambiental. Valores que trascienden e identifican a sus pobladores, incluso más allá de sus fronteras regionales. En 1999, 459 años después de su fundación, estos valores fueron reconocidos internacionalmente, al ser declarada la ciudad de San Francisco de Campeche Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO. Un orgullo y un compromiso para México y los campechanos. 

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto, escritor, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. Es autor de seis libros individuales, el más reciente de los cuales es *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años 30* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2013). Trabajos suyos han sido publicados en ocho libros colectivos.